

En 1952, sin embargo, se produce una situación totalmente anormal. En una torpe política, el Gobierno de Prío lleva la producción azucarera a los 7,156 millones de toneladas, determinando así un colapso del mercado internacional de azúcar ante la presencia de enormes excedentes que la liquidación del proceso militar de Corea hacen innecesarios. Ya en diciembre de 1951 el precio había bajado hasta 4,84 centavos, y en diciembre de 1952 descendió a 3,83 centavos.

La situación hizo indispensable extraer de los mercados internacionales el excedente calculado de 1 millón 750 mil toneladas largas españolas, que fue financiado a los productores por los bancos comerciales —con el respaldo del Banco Nacional— a un precio de pignoración de 3,08 centavos la libra, estableciéndose que los excedentes serían colocados en la cuota norteamericana del próximo quinquenio en partes anuales de 350 mil toneladas.

De este modo se producía en la economía nacional una contradicción evidente. Mientras la producción de la zafra azucarera más alta en toda la historia cubana incrementaba los ingresos de los trabajadores y colonos, las exportaciones cubanas disminuían respecto a 1951 y 1950, ascendiendo a sólo 4,86 millones. El descenso de precios originaba también que el valor de la zafra de 1952, pese a ser 1 millón 400 mil toneladas mayor que la de 1951, determinara ingresos para los empresarios productores de sólo 717,9 millones, cuando la de 1951 les había significado 730,2 millones. Comenzó así una declinación azucarera que continuaría en los siguientes años. Las siguientes zafras serían de 5 millones en 1953, 4,7 en 1954, 4,4 en 1955 y 4,6 en 1956. A su vez, los precios promedios de las exportaciones bajaron a 4,11 centavos en 1953; 3,99 centavos en 1954 y 3,95 centavos en 1955, lo que determinó que el valor de las zafras descendiera a 498,7 millones en 1953; 464,3 en 1954; 447,9 en 1955 y 494,9 en 1956.

Ese descenso de la variable principal de la economía cubana habría determinado una contracción de los ingresos populares que sin llegar a los límites catastróficos de 1930 a 1933 podría haber producido, junto al fenómeno permanente del desempleo en masa, una situación política aún más explosiva que la suscitada por la actuación de la tiranía batistiana. Para evitarlo concurren no sólo las limitadas inversiones norteamericanas que la presencia de Batista había provocado, sino también la política que recogiendo las aportaciones keynesianas y postkeynesianas (la política de "gasto compensatorio"), pusieron en práctica bajo la dirección de Joaquín Martínez Sáenz los consejeros financieros de la tiranía.

El Banco Nacional se dedica a la expansión del crédito interno, aumentando los redescuentos y anticipos que otorgó a la banca privada. A la vez, incrementó sus inversiones en valores del Estado, elevándolas hasta 36,5 millones en 1952. Asimismo, la Tesorería crea dinero en ese propio año por la suma de 43,5 millones de pesos.

Todo esto sirvió a los empresarios cubanos para dedicarse a una política de inversión fácil y barata. El proceso se muestra hasta en las actividades agrícolas. Aumentan las producciones de café, arroz y tabaco en rama, de tal modo que la producción agrícola no cañera se incrementa en 19,9 millones en 1953 con respecto a 1952, asciende a 37,4 millones más en 1954 y sube en otros 47,8 millones en 1955.³

Las edificaciones van asimismo experimentando incrementos que constituyen saltos considerables respecto a 1950. Los estimados de edificaciones hechas por el Banco Nacional para el período son:

1950	62,7
1951	76,2
1952	68,5
1953	70,5
1954	91,7
1955	83,3
1956	94,9
1957	99,9

También la producción manufacturada, principalmente la dedicada al consumo corriente, experimentó un aumento del 21 % entre 1953 y 1957. Si se compara con el año 1950, el aumento fue del 28,7 %.

A la vez, el consumo de electricidad y gas había aumentado en un 47,5 % entre 1953 y 1957, y prácticamente el 100 % entre 1950 y 1957. Esa cifra del consumo de energía servía al mismo tiempo como dato valioso para entender el contenido del crecimiento aparente de la economía cubana durante estos años. Según la confesión de los organismos oficiales, el incremento en el consumo eléctrico se debió principalmente a la extensión del consumo privado y sólo en pequeña parte a la instalación de nuevas capacidades industriales. Se pone así de relieve la naturaleza inflacionaria del crecimiento que tendremos oportunidad de sustanciar aún más.

Por razones distintas, crecieron también la producción minera y las exportaciones de minerales. La causa principal del crecimiento fue el desarrollo acelerado de la producción del níquel a partir de 1952 y por las crecientes necesidades de ese mineral, que determinaron a inversionistas norteamericanos a reactivar la producción de Nicaro e instalar la moderna planta de Moa, con una inversión superior a 120 millones de dólares. También hubo incremento en la producción de cobre y manganeso. En el conjunto las exportaciones cubanas de minerales pasaron de 12,5 millones en 1950 a 49,6 millones en 1957.

Esos aumentos en la producción agrícola, industrial y de edificaciones lejos de constituir el resultado de un crecimiento orgánico y natural de la economía cubana fueron por el contrario la resultante de una deliberada política expansionista el objetivo de la cual era doble: de una parte promover gastos en salarios y sueldos que mitigaran los desastrosos efectos de la caída en la producción azucarera y de la otra crear márgenes ilícitos que permitieran a los gobernantes y sus socios de la burguesía empresarial un enriquecimiento fácil y rápido.

El instrumento utilizado para ello fue —sarcásticamente— el Banco Nacional, propugnado durante décadas por la burguesía cubana y los sectores más progresistas del país como una de las palancas para el sólido desarrollo de la economía y para echar las bases de nuestra independencia y que, de modo paradójico, venía a ser utilizado en forma del todo opuesta.

El Banco Nacional, en efecto, utilizando como hemos dicho antes el redescuento inmediato y fácil de los créditos que otorgaba a los "empresarios" la banca privada, estimuló esa política expansionista. Pero además el Gobierno imprimió la misma actividad a los organismos paraestatales de crédito que ya existían o que creó específicamente con ese objetivo (BANDES, Nacional Financiero, Fondo de Hipotecas Aseguradas, Banco del Comercio Exterior). Los préstamos bancarios privados pasaron de los 356 millones anuales en 1951 a 452 en 1955, y llegaron a ser en 1958 de 566 millones.

Si en el año 1951 la banca privada sólo prestaba el 59,5 % de sus depósitos, ya en 1955 había llegado a utilizar el 74,2 %, es decir prácticamente su máxima capacidad legal, fijada en el 75 % de los depósitos.

Más importante si cabe, en el volumen de esta política expansionista, fue la contribución del Estado mismo a través del gasto público dirigido fundamentalmente a obras improductivas que tenían el doble fin ya anunciado de crear empleos y proporcionar ganancias ilícitas, permitiéndole además al Gobierno ufanarse de la táctica política "constructiva" con que han encubierto su enriquecimiento y sus crímenes los más notorios tiranos de la América Latina.

El gasto público, cubierto mediante déficits presupuestarios y empréstitos financiados no por la población sino por el Banco Nacional, creció en 40 millones entre 1951 y 1953, llegando la diferencia a 80 millones en 1955, para alcanzar una diferencia superior a los 150 millones en 1957, año en que el gasto público corriente fue de 370 millones de pesos y los pagos realizados por inversionistas públicos con cargo a empréstitos de 138,4 millones.

Esa política expansionista tuvo resultados parciales en cuanto a uno de sus propósitos y cumplió plenamente el otro. En efecto, los personeros de la tiranía y sus socios en el aparato económico nacional extrajeron en cortos años enormes beneficios, la mayor parte de los cuales fueron previsiblemente transferidos al extranjero. También el incremento de empleo en construcciones públicas, edificaciones, inversiones y limitada expansión industrial, unido a la burocratización masiva del aparato estatal, mitigó, sin eliminarlos, los

efectos de la contracción azucarera. En 1955 calculamos⁴ que esa política compensatoria cubrió el 53 % de la caída del ingreso azucarero con respecto a 1951.

Esa táctica económica del Gobierno impidió que estos años se convirtieran en un período crítico para el conjunto de la economía nacional. Además, la existencia de la cuota azucarera norteamericana con precios entre 5,42 centavos por libra (1953) y 4,99 centavos (1955) para exportaciones promedio de 2,4 millones de toneladas, impidió que la caída llegara a los niveles desastrosos de 1930 a 1933. Ni los empleados públicos ni los obreros industriales no azucareros sintieron las consecuencias de la brusca contracción económica.

Otra fue sin embargo la situación de los obreros azucareros agrícolas e industriales y de los colonos de caña. Si los salarios pagados al sector azucarero habían sido de 338,4 millones en 1951, cayeron en 1955 a los 200 millones. Del mismo modo, los ingresos totales de los colonos descendieron de 329 millones en 1951 a 204 en 1955.

Esto determinó además las conocidas consecuencias del desempleo estacional, pues la zafra se redujo de 93 días en 1951 a 68 en 1955, y los crecimientos limitados en la agricultura (arroz, café) no añadían empleos a más del 10 % de la mano de obra agrícola, por lo cual la miseria en el campo fue durante estos años ostensible.

Esa situación en el interior del país se reforzaba por el hecho de que la política inversionista en edificaciones y promoción industrial se concentraba principalmente en La Habana, por lo que los efectos expansionistas hacia los trabajadores del resto del país eran menores. Así, mientras las edificaciones en La Habana aumentaban en 12 millones en 1953, en 9 millones más en 1954 y eran en 1955, 16 millones más que en 1952, se mantenían a un nivel estacionario en el resto del país. El conjunto de los salarios en las provincias de Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente descendía asimismo en 1955, para aumentar más de 15 millones en la provincia de La Habana.

El efecto más lesivo para la economía nacional de toda la irresponsable política de la tiranía batistiana y su predecesor fue el resultado de la misma en lo que concierne a las reservas de divisas y su dispendio criminal.

Las características de la economía cubana que ya hemos analizado conducía inexorablemente a que la expansión de los ingresos personales no acompañada por un crecimiento simultáneo de la producción nacional para el consumo —puesto que, según viéramos, la producción industrial cubana apenas satisfacía una parte mínima de la necesidad en productos duraderos y bienes manufacturados de consumo corriente— produjera de una parte la inflación de los precios internos y de la otra dispararse aceleradamente el mecanismo de la llamada propensión a importar.

Los defensores de la política económica de la tiranía explicaban ese fenómeno echando mano de la propensión a consumir del pueblo cubano de acuerdo con la habitual terminología keynesiana. Ya entonces replicábamos explicando cómo esa "elevada propensión a consumir" no era, como se quería hacer aparecer, índice de prosperidad sino manifestación del retraso económico, pues significaba que el nivel económico de la población era demasiado bajo, "que sus ingresos corrientes son insuficientes, que todo lo que recibe lo necesita para el consumo corriente, que no puede ahorrar".⁵ Y añadíamos que la propensión a consumir era más alta en los países más retrasados y en los sectores sociales más explotados, los cuales no consumían más sino "una proporción mayor de sus ingresos que los países más desarrollados y las capas sociales privilegiadas". Ese aumento del consumo se reflejó en los incrementos de precios pero sobre todo en el aumento de las importaciones de bienes de consumo.

Cuba había venido teniendo en la mayor parte de sus cincuenta años del siglo una balanza comercial altamente favorable, unida a un balance de pagos negativo.

El intercambio comercial favorable surgía precisamente del comercio que desarrollábamos con el resto de los países del mundo, pues mientras nuestras relaciones comerciales con Estados Unidos producía, por ejemplo, déficit de 53,9 millones en 1948 y 74,8 en 1951, en esos mismos años el comercio con el resto de los países nos dejaban saldos favorables de 137 y 200,7 millones, respectivamente.